

PROPERCIO Y MIGUEL ANTONIO CARO

UN HUMANISTA COLOMBIANO

TRADUCTOR DEL BARDO DE ASÍS

Ponencia de Manuel Briceño Jáuregui S. I. a nombre del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, con motivo del bimilenario de la muerte de PROPERCIO, presentada al Congreso reunido en Asís en el mes de mayo de 1985 por iniciativa de la Accademia Properziana del Subasio, para celebrar dicho bimilenario.

Colombia es la nación de Sur América y de todo el continente hispánico que ha tenido, desde los primeros conquistadores de la estirpe, la más fecunda tradición humanística. Esta ha sido heredada por los nativos y transmitida a las centurias posteriores.

Hombres como Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Venancio González Manrique, Ezequiel Uricoechea, Manuel Casas Manrique, Félix Restrepo S. I., entre los más recientes, son orgullo del humanismo clásico. Y humanismo indica, entre muchos aspectos, familiaridad con los autores en su lengua original, ya leyéndolos, ya explicándolos, ya admirándolos o imitándolos, ya vertiéndolos a la lengua común.

Entre todos, quizás el más completo ha sido el bogotano Miguel Antonio Caro (1843-1909): como traductor de los vates latinos ocupa lugar excepcional en la lengua española, a la cual vertió numerosos poemas de PROPERCIO¹. Es en este humanista, precisamente, en el que vamos a detenernos en nuestro ensayo.

Son múltiples las facetas que pudieran estudiarse en las versiones hispanas de PROPERCIO realizadas por el señor Caro:

¹ *Flos poetarum*, en *Obras completas de don Miguel Antonio Caro*, tomo I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1918, págs. 107-149.

cómo capta el pensamiento, el ritmo interior, cómo se identifica con el patetismo lírico del bardo latino, cómo integra a la traducción la frescura, la elegancia, el vigor, la expresividad del poeta, y otros aspectos más.

Pero vamos a fijarnos solo en el prodigio de condensación casi milagrosa al pasar del original al castellano algunos versos, por lo menos. Lograr en todos idéntico fenómeno sería imposible, dada la idiosincrasia de una y otra lengua. Y hace la versión en tercetos dantescos, de admirable fluidez y donosura, de ordinario.

Tomaremos ejemplos de aquí y de allí en las elegías para analizar ese prodigio en nuestra lengua:

*Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis,
contactum nullis ante cupidinibus*

(I, 1-2).

Cintia, la palabra clave, comienza la elegía; la *primera* no puede evitarse en la traducción; *miserum me* expresa la situación, casi diríamos, la desventura, del amante, que el señor Caro logra convertir en un *a ella rendido*; *suis ocellis* son el atractivo exterior, luminoso, vivaz, que rinde al mísero amante; *me cepit* con el sentido de cautividad; *contactum nullis ante cupidinibus*: herido nunca antes, que jamás antes sintiera pasiones amorosas. Son las ideas del dístico. Escuchemos al humanista colombiano:

Cintia fue, con sus ojos, la primera
que hubo de cautivarme; a ella rendido
quedó quien nunca amor antes sintiera.

Dos estrofas más adelante hallamos un hexámetro vertido en un endecasílabo más fluido, más apretado y elegante que el propio texto romano:

et mihi iam toto furor hic non deficit anno

(I, 7),

Todo un año en aqueste desvarío,

sin que haya perdido vigor la idea, ni sufrido el corte de ella, y aun con mayor sentimiento si se quiere.

Un poco más adelante alude a Milanio, amante que fuera de Atalanta, dura con él. Pues bien, por ayudarla, el poeta latino cuenta cómo vagaba como loco en las grutas del monte Partenio y topaba con las fieras encrespadas:

*Nam modo Partheniis amens errabat in antris,
ibat et hirsutas ille uidere feras.*

(I, 11-12).

Caro en su versión no se ciñe a la letra servilmente, pero logra un estupendo efecto por la gracia en la interpretación. Así, por ejemplo, el *amens errabat* lo convierte en un definitivo

errante en su amoroso devaneo

arrancado al original con admirable acierto. Oigamos el terceto castellano saboreando la armonía de los epítetos:

ora visita la caverna umbría,
errante en su amoroso devaneo,
ya enerizadas fieras desafia;

y prosigue:

ora de ramos que desgaja Hileo,
cae herido, y acogen su querella
las solitarias rocas del Liceo;

que corresponden al dístico siguiente:

*ille etiam Hylaei percussus uulnere rami
saucius Arcadii rupibus ingemuit*

(I, 13-14),

en que alude a la aventura con el centauro que hizo gemir de dolor al héroe.

Fue así como consiguió domar a la veloz muchacha:

él triunfó, en fin, de la fugaz doncella;

(que tanto en el amor pueden súplicas y favores, comentamos;
y prosigue):

que continuo penar, continuo ruego
en los pechos más duros hacen mella:

*ergo uelocem potuit domuisse puellam:
tantum in amore preces et bene facta ualent*

(I, 15-16).

Y si el hexámetro está vertido con elegante maestría, el pentámetro en cambio se convierte, en la versión, en una perífrasis que contrasta con el primer endecasílabo de la estrofa.

‘Tanto puede en amor ruego y hazañas’, hubiera así podido condensarse a la letra el pentámetro: Caro — por la exigencia sin duda del terceto — hubo de convertirlo en dos versos, quizás menos felices: ‘continuo penar, continuo ruego’ no es exactamente *preces et bene facta*; y el *tantum in amore ualent*, aun cuando sí produce el efecto que alcanza a sugerir el texto latino, pero se aleja no poco de la idea original.

Examinemos un fragmento de otra elegía. Los dos primeros dísticos de la segunda que comienza preguntándose, interrogando a la que llama *vita*, su vida, ¿de qué sirve presentarse — *procedere* — con el cabello cargado de adornos, y mover los transparentes pliegues de un vestido de seda fabricada en Cos?

*Quid iuuat ornato procedere, vita, capillo
et tenuis Coa ueste mouere sinus?*

La versión de Caro le da todos los matices explicándolos un tris con una construcción muy castiza en español — “tanto aliño” — y dos epítetos interpretativos — “galana, ufana” — que completan el cuadro:

¿A qué con tanto aliño la galana
cabeza, presentarte, vida mía,
finas sedas de Cos moviendo ufana?

El poeta de Asís prosigue preguntando:

*Aut quid Orontea crinis perfundere murra,
teque peregrinis uendere muneribus?*

¿A qué con mirra que el Oronte envía
perfumar el cabello, y tu hermosura
esclava hacer de extraña mercancía?

Si advertimos este último verso, captaremos la magistral interpretación del ambiguo *peregrinis uendere muneribus*, que podría ser 'venderte por' o 'venderte en calidad de'. Caro resuelve el problema con el maravilloso "esclavizar tu hermosura a extraña mercancía".

¿Valor tendrás — *fortis* —, dice la traducción de Caro en la elegía octava (v. 5-6), para dormir tranquila en el duro bajel?

in dura naue iacere potes?

Y ¿sin espanto — *fortis* — oirás el cano mar mugir furioso?

Tunc audire potes uesani murmura ponti?

Sorprendente identidad — casi con las mismas palabras — en una y otra lengua, si no fuera por dos epítetos de añadidura pero funcionales en castellano y de la entraña misma del verso latino: dormir *tranquilla* — *iacere* —, y *cano* mar, pues este se levanta espumoso cuando muge — *murmura* — colérico.

En el verso 43 de la misma canta feliz PROPERCIO haciendo eco al

Sublimi feriam sidera vertice

(C. I, 1, 36)

de Horacio, la misma idea pero con mayor atrevimiento: 'yo puedo hollar con mis pies las más encumbradas estrellas',

nunc mihi summa licet contingere sidera plantis.

Y con gran dominio de la situación poética, de la idea y del giro latino nos entrega Caro la clave del poema: Cintia

proyectaba realizar un viaje por Iliria con otro amante, rival por ende del poeta. Ella se arrepiente por fin, y no va a viajar: Cintia — exclama el bardo —, Cintia, la *única*, es mía: *Cynthia rara mea est*. Y continúa diciendo feliz que, ya con esto, es capaz de hollar con sus plantas las estrellas. Caro traduce:

¡Glorioso vencedor los astros huello!
No hay ya quien de mis brazos la arrebate. . .

Un dístico (IX, 3-4) de otra elegía es agilísimo por la trabazón graciosa o enlace de las ideas con que se desenvuelve Caro. Examinemos el original:

*ecce iaces supplexque uenis ad iura puellae,
et tibi nunc quacuis imperat empta modo.*

Necesitamos el contexto. Póntico, amigo de PROPERCIO, es poeta épico. Se había jactado de que no caería nunca en las redes del amor. Y ahora le echa en cara que lo ve postrado a los pies de una mujer, rendido a sus leyes, y que hoy le domina una esclava comprada en el mercado.

Acertada y elegante es la traducción:

¡Mujer que ayer mercaras engreído,
hoy de tu libertad las riendas toma;
hete a los pies de la beldad rendido!

Más adelante en otra elegía (XII, 11-12) hay un terceto castellano que vierte prodigiosamente el hexámetro latino. Dice, en efecto, PROPERCIO que un largo viaje cambia a las mujeres enamoradas, y hace mudar también al hombre:

Muy otro soy de lo que entonces era:
muda la ausencia a las mujeres, y hace
que inmenso amor en breve punto muera.

¡Qué bien se corresponde el primer endecasílabo con el

non sum ego qui fueram,

Yo no soy el que era:

muy otro soy de lo que entonces era.

Y el texto original

mutat uia longa puellas,

se convierte acertadamente en el

muda la ausencia a las mujeres;

hasta llegar a la reflexión emocionada del pentámetro, con la exquisita exclamación:

quantus in exiguo tempore fugit amor!,

que en castellano hace

que inmenso amor en breve punto muera...

La mayoría de las traducciones que el señor Caro nos entrega de PROPERCIO están, como decíamos, en tercetos dantescos. Pero también ensaya en heptasílabos algunas, más difíciles por lo breve del verso castellano; no se pierden, sin embargo, matices del original, pues dice, podríamos decir *comprime*, abarca todo. Veamos, si no, un ejemplo. Sean los tres primeros dísticos de la elegía XIV. Este poema dirigido a Talo, un opulento amigo suyo, comienza ponderando cómo, al lado de sus amores, no vale nada descansar muellemente junto al Tíber, bebiendo un buen vino de Lesbos servido en copas del mejor artífice, y observando ya los esquifes que se alejan veloces, ya los que llegan pesadamente cargados, ya los bosques densos como los del Cáucaso.

Es una digresión, un rompimiento si se quiere del tono quejumbroso hasta ahora acostumbrado por el vate elegíaco:

*Tu licet abiectus Tiberina molliter unda
Lesbia Mentoreo uina bibas opere,
et modo tam celeres mireris currere lintres
et modo tam tardas funibus ire ratis:
et nemus omne satas intendat uertice siluas,
urgetur quantis Caucasus arboribus...*

(1-6).

La interpretación de Caro no admite mayores comentarios. Tan ceñida está al verso romano que sería desflorarla. Oigamos:

Cuando a orillas del Tíber
muellemente reposas,
tal vez de néctar lesbio
apuradas áureas copas;

y barcas mil contemplas,
ya las más voladoras
deslizarse, y subiendo
trabajadas las otras;

y el monte que de verdes
boscajes se corona,
cuales gimiendo el alta
caucásea cumbre agobian...

También emplea el verso libre, como en la segunda elegía del libro segundo, en que se loa la hermosura de Cintia quien es presentada a la altura de las diosas: su cabellera es dorada, largas sus manos, grandioso su porte, digno su caminar como el de la hermana de Júpiter:

*fulva coma est longaeque manus, et maxima toto
corpore, et incedit uel loue digna soror,*

(II, II, 4-5).

En español sería, según Caro, añadido solo un epíteto — *ondosa* — traducidos un *longae* por blanca, un *maxima toto* por gentil, más una interpretación atrevida al convertir el *digna* (*soror*) por un 'que envidiaría'. Dice, pues, el humanista de Bogotá:

Ved esa rubia cabellera, ondosa,
ved los perfiles de su blanca mano,
y ese talle gentil que envidiaría
la reina del Olimpo.

En otro lugar (II, II, XI) se complace Caro en castellanizar con elegancia la situación poética del bardo latino. No

traduce a la letra esclavizándose sino diciendo eso mismo a la española:

Scribant de te alii,

dice PROPERCIO, que en nuestra lengua sería

que otros canten tus prendas, Cintia mía;

y agrega el romano:

vel sis ignota licebit,

o pases sin aplauso entre la gente.

Pero hay más. El original es cruel: a la letra diría 'que te alabe quien siembra en tierra estéril',

laudet qui sterili semina ponit humo.

El señor Caro se compenetra con el poeta y, antes de verter la idea, antepone un ¡qué más da!, añadiendo luego un calificativo hiriente — "mísera" — en la metáfora de la siembra. Viente, pues:

¡Qué más da! Quien te celebre, fía
a estéril roca mísera simiente.

Mas el poema, que calificábamos de cruel, acentúa ese aparente desdén de enamorado. El latino insiste en que todas las gracias de la ingrata las arrebatará en el ataúd el día oscuro de su funeral; el humanista bogotano hace un mayor contraste: el *crede mihi* del original lo convierte en 'Cintia noble y hermosa'; el *omnia* en 'todo, todo' y en 'nada, nada'; el *extremi funeris* en 'la profunda fosa'; el *auferet* en 'arrastra y mezcla'. Sin apartarse, pues, de la idea nos da todo lo que quiso sugerir el Asisiense:

*Omnia, crede mihi, tuum uno numera lecto
auferet extremi funeris atra dies.*

¡Cintia noble y hermosa!
Todo, todo la muerté en su corriente

arrastra y mezcla en su profunda fosa,
¡Y nada queda, nada!

Solo seis versos comprende esta elegía XI. Los últimos rematan la que apellidábamos crueldad de amante al concluir, con nostalgia no disimulada, que pasará algún día cabe su tumba un caminante, y despreciando esos huesos no se le ocurrirá decir: estas cenizas fueron otrora una culta joven...

*et tua transibit contemnens ossa uiator,
nec dicit: 'Cinis hic docta puella fuit'.*

Te hollará el pasajero indiferente
y no dirá doliente:
"¡Fue este polvo mujer maravillosa!"

La oda V de este segundo libro es en las cuartillas españolas una perífrasis agresiva como tal vez la hubiera compuesto el bardo latino si hubiera escrito en nuestra lengua. Al empezar la llama por su nombre dos veces, que en castellano lo convierte Caro en 'mujer ingrata'. La verdad es que el nombre de Cintia anda en boca de todos y nadie ignora su licenciosa vida:

Ya de tu infidelidad
óyelo, mujer ingrata,
más cada vez se dilata
el rumor por la ciudad.

¿Y es este el premio que tanto
me prometiste? Si el viento
se llevó tu juramento,
llévese también mi canto.

Cintia, aunque afectes tener
en nonada el qué dirán
¡esas palabras te harán
turbarte y palidecer!

En poemas anteriores habíamos señalado los tercetos como las estrofas preferidas de Caro, que le daban la ventaja de un verso para cada hexámetro. Pero el bogotano es más amplio: en ocasiones se ciñe a un verso castellano por cada verso latino, y

a la verdad que acierta y aun le sobra endecasílabo para añadir relleno. Traigamos un ejemplo:

*Eripitur nobis iam pridem cara puella:
et tu me lacrimas fundere, amice, uetas?*

Nos arrancan la tanto tiempo amada, y tú, amigo ¿me prohibes derramar lágrimas?

Me arrancan mi beldad, ¡oh dura suerte!
¿Y tú, amigo, llorar védasme austero?

*Nullae sunt inimicitiae nisi amoris acerbae:
ipsum me iugula, lenior hostis ero.*

(II, VIII, 1-4).

No existen odios acerbos sino los del amor: márame y seré un enemigo más blando:

Rompimiento en amor rabia es de muerte;
márame de una vez que eso prefiero.

Solo en el aspecto de las versiones nos alargáramos demasiado si examináramos libro por libro y elegía por elegía. Terminemos este punto con dos dísticos no más de la postrera del I, IV, conmovedora y sublime. Nuestro humanista no vertió la obra completa de PROPERCIO. A propósito, valgan dos advertencias — no del traductor sino nuestras — pero características de los casos analizados: la primera es que por necesidad del metro se rellena con una o más palabras que completen el verso y, la segunda, que en virtud de la estrofa se añade un endecasílabo íntegro redundante, inútil confrontado con el original pero no independiente de la idea. Lo primero es un ‘no hay fuerza’, y lo segundo es un ‘al ambiente vital tornar no espera’. Aunque también hay aciertos increíbles, como el de verter la *nigra ianua* del infierno por ‘los reinos del espanto’, y las *infernas leges* por la ‘región umbría’, si bien el *exorato adamante* se desvirtúa un tanto al pasar a ser ‘puerta de bronce’...

*Desine, Paulte, meum lacrimis urgere sepulcrum:
panditur ad nullas ianua nigra preces;*

*cum semel infernas intrarunt funera leges,
non exorato stant adamante uiae...*

(1-4)

¡Oh Paulo! cesa de apremiar con llanto
mi túmulo. No hay fuerza, no hay porfía
que logre abrir los reinos del espanto.

El que desciende a la región umbría,
al ambiente vital tornar no espera;
puerta de bronce le cerró la vía...

No quiere lo anterior significar que no haya momentos difíciles de interpretación laxa, parte por el estado de los estudios propercianos en el siglo XIX, parte por la ausencia copiosa de libros de consulta fundamentales a la mano, parte por lo problemático de toda versión en otra lengua, máxime de la latina, cuando lo sintético de esta — más todavía si quiere hacerse en verso aconsonantado y en estrofas tan exigentes como los tercetos — obliga a rellenar espacios, parte finalmente cuando una traducción ceñida se vería prosaica en cualquier idioma porque se pierden los armónicos de sentido y aun las metáforas encerradas en términos intraducibles con el mismo donaire que en latín; pero en todo caso, tratándose de Miguel Antonio Caro, jamás podríamos atribuirlo a carencia de talento, o de ciencia latina. Al contrario, estas versiones son asombrosas por la fluidez con que nos dan el contenido y, casi diríamos, la poesía del lírico de Asís.

Quien no crea en este prodigio, que lo intente.

MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI S. I.

Instituto Caro y Cuervo.